

SOPA DE LIBROS

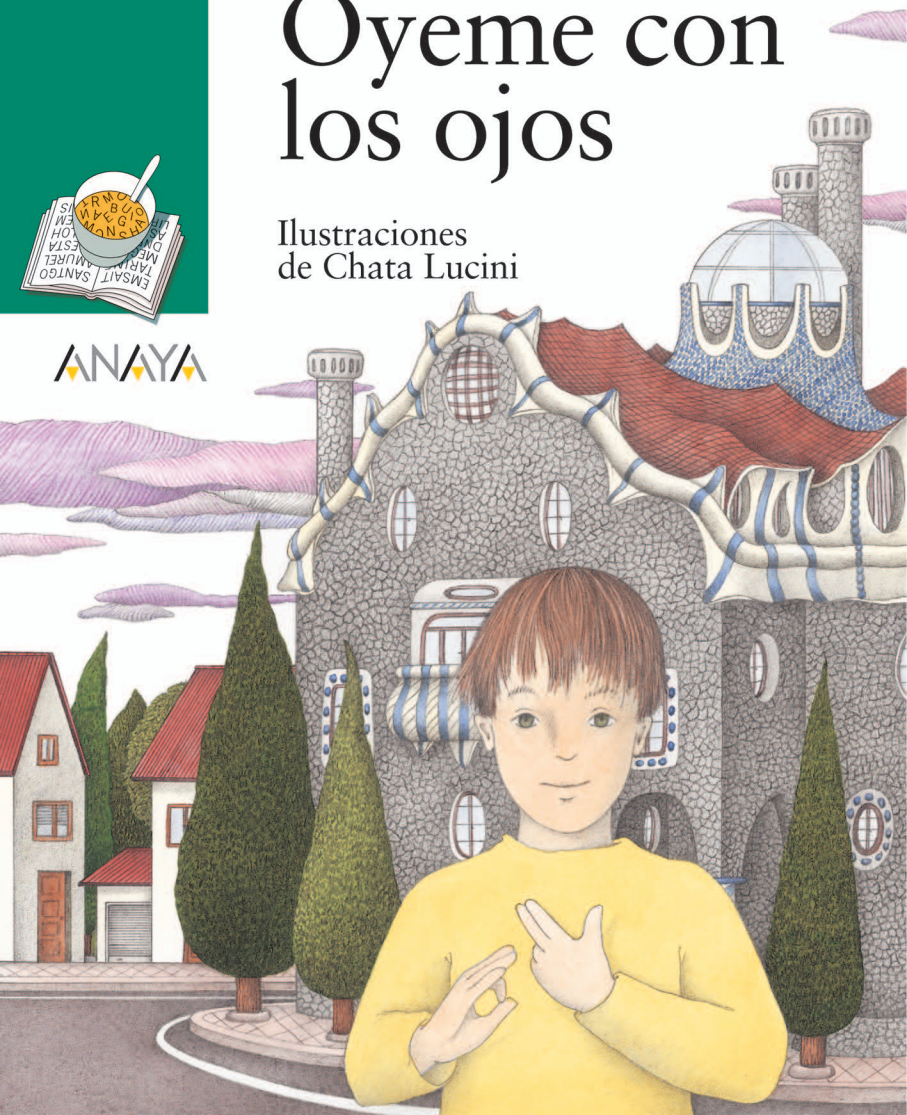
Gloria Cecilia Díaz

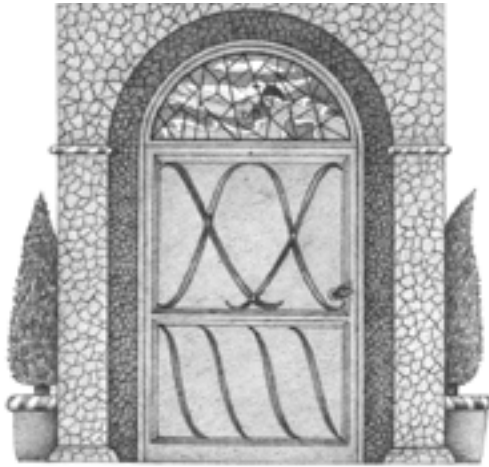
Óyeme con los ojos

Ilustraciones
de Chata Lucini



ANAYA





El barrio donde vivía Horacio se llamaba «El jardín del Príncipe». Una vez, el niño le preguntó a su papá dónde andaba ese príncipe.

—En los cuentos —contestó su padre mirándolo fijamente a la cara y pronunciando muy despacio las palabras.

Horacio era sordo. Pero no de nacimiento. Tuvo una enfermedad cuando era pequeño. Los sonidos se fueron entonces, de repente. Horacio se acordaba de algunos, como la voz de su mamá y la de su papá, sobre todo cuando le enseñaba a jugar al fútbol y decía: «Corre, Horacio, corre, dale fuerte». Recordaba, como en sueños, el maullido de su gato Raimundo, la recia música de los aguaceros y el ruido de la corneta, que ponía a su mamá los pelos de punta.

A veces, Horacio se inventaba los sonidos, y eso lo divertía, porque sus sonidos se movían. El sonido del viento hacía ondas entre las hojas, los

ruidos de los coches iban tan rápido como las flechas y las carcajadas de la gente eran como pequeños saltos.

Los edificios de «El jardín del Príncipe» eran todos iguales: cuadrados, con ventanas cuadradas y jardines cuadrados. Solamente había un edificio, enfrente del de Horacio, que no se parecía a los otros, un edificio en el que vivía una sola persona. Una mujer morena que parecía muy seria, pero que Horacio sabía que no lo era. ¿Cómo podía ser muy seria una persona que vivía en una casa con ventanas ovaladas?

10

Horacio soñaba con entrar allí, pero la señora no era amiga de su familia. Parecía una persona muy ocupada.

Horacio solía cruzarse con ella por la mañana cuando él iba al colegio. Tenía un coche pequeño, ¡increíble!, y una casa que era un edificio enorme. ¡Qué mujer más rara!

A menudo, ella colgaba en las ventanas cosas que a Horacio le hacían sonreír. Una vez colgó en una ventana del segundo piso un móvil de pajaritos de latón y, en otra ocasión, en una del quinto piso, un globo de los de antes, con canasta y todo.

Horacio hablaba con sus padres y sus hermanos, Claudio y Banu, de todo cuanto veía. Lo contaba con palabras o con el lenguaje de signos.

Claudio, su hermano mayor, le decía que esa casa estaba encantada y que su dueña terminaría convirtiéndolo en sapo por mirón. Por supuesto, Horacio no se lo creía.

Todas las tardes, al volver del colegio, Horacio se paraba frente a la casa y la miraba de arriba abajo y de abajo arriba para ver si había algo nuevo en las ventanas. Sus hermanos se burlaban de su curiosidad y le decían que era una casa cualquiera.

«¿Cómo puede ser una casa cualquiera? — decía Horacio para sus adentros—. ¿Son ciegos acaso?»

Y como para calmar su descontento, se asomaba a la ventana de su cuarto a observar por milésima vez la puerta de arco, de madera maciza con barras de hierro forjado, que tenía un picaporte de bronce en forma de flor. A ambos lados de la puerta había dos gruesas columnas de piedra y en el arco tenía una vidriera que representaba un pájaro de fuego. Parecía una puerta de otra época, de otro mundo. Horacio se imaginaba que cruzarla sería como entrar en un universo maravilloso.

En la casa no había prácticamente líneas rectas. Todo era ovalado, curvo, ondulado. En medio de la fachada había un magnífico balcón con barandillas abombadas de hierro que representaban aves con las alas desplegadas. Todas las ventanas

eran ovaladas y estaban rodeadas por mosaicos de colores ocre, azul y turquesa. Toda la fachada era de piedra y en el tejado se veía una chimenea con forma de cabeza de guerrero con armadura.

Horacio se preguntaba cómo era posible que la gente no se maravillara de ver algo tan original.

—Pues sí, hijo mío —le dijo su madre una vez—, hay gente que viene a mirarla, incluso le hacen fotos, pero nosotros la vemos todos los días y la consideramos como parte del paisaje.

—Pero yo no me canso de mirarla —le respondió él.

Por toda respuesta, su madre lo miró con ternura y lo besó.

Desde que se había vuelto un «mirón», Horacio descubría más y más detalles, no solo en la casa, sino también en todo lo que él tenía a su alrededor. Y a veces le entristecía que los otros no observaran el mundo como él. «Es porque tienen sus oídos bien y no necesitan mirar y mirar como yo» —decía para tranquilizarse.

Aparte de sus compañeros de colegio, solo conocía a una persona a la que le encantaba observar más que al resto de la gente: Emma, la mejor amiga de su madre. Emma metía la nariz en todo, pero no se contentaba únicamente con mirar: preguntaba, pedía explicaciones y le importaba poco si hacía el ridículo.

Emma le había contado que una noche, en un restaurante japonés, le habían servido una sopa «tan bella» que casi no se atrevía a meter la cuchara en el plato. «Era como estropear una obra de arte», añadió.

Emma lo había llevado una vez a una heladería, a la que se iba, según ella, «no solo por el sabor, sino también por el color». Horacio pudo comprobarlo por sí mismo cuando le trajeron su pedido. ¡En una fuente de plata había un jardín! Sobre un césped de helado de menta había flores de helado de fresa, de helado de vainilla, tallos de helado de chocolate, un pequeño seto de quivis, galletitas con forma de parasoles, piedrecitas de albaricoque y una cascada de crema chantillí.

—Si no te das prisa en meterle el diente —le dijo Emma, muerta de risa—, tu jardín se convertirá en río.

Fue ella quien le regaló unos gemelos pequeños pero potentes, con un estuche que se podía colgar en el cinturón.

Al principio Horacio se puso insoportable, pues no dejaba de observar a los miembros de su familia para examinarlos hasta en los más mínimos detalles. Se ganó sus buenas regañinas, incluidos los maullidos exasperados de Raimundo, que, cuando lo veía armado de los gemelos, quizá le parecía un extraño animal.

Luego la emprendió con la casa; no hubo rincón, estante o mueble que no mirara al derecho y al revés.

—Ya se le pasará —decía su madre sin poder contener su indignación.

Hasta el día en que su padre lo sorprendió observando al vecindario y entonces sí que se armó un buen lío. Su padre le arrancó los gemelos de un tirón y, agarrándolo por los hombros para que Horacio leyera sus labios, le dijo que eso era inadmisibile, que no tenía derecho a espiar a los otros, que había que respetar la vida privada de la gente, que los demás no eran animales de circo, que...

Horacio fue corriendo a su cuarto y su padre le quitó los gemelos durante un mes.

Cuando Emma se enteró de la tormenta que había desatado su regalo, le dijo a Horacio:

—¿Acaso te creíste Sherlock Holmes?

—¿Sher... qué?

—Un gran personaje, el detective más grande de todos los tiempos —dijo Emma.

—Te recuerdo que es un personaje de novela... —replicó el padre de Horacio, que estaba en su desvencijado sillón corrigiendo una montaña de exámenes, pues era profesor de literatura. A Horacio le parecía que no había libro que no hubiese leído.

—Da igual —dijo Emma tranquilamente, y añadió hablando con sus manos y cuidando de que el padre de Horacio no la viera—: Aquí entre nosotros, Horacio, detective me parece una profesión genial.

—¿En... se...rio? —le preguntó el niño, sorprendido.

—Detective de plantas y animales —le respondió ella, y en seguida añadió—: Cuando el gran jefe te devuelva los gemelos, nos iremos de detectives ecológicos.

Y así fue. Cuando su padre le levantó el castigo, Horacio se fue con Emma a una tierra cálida. Pasaron un fin de semana observando pájaros, mariposas, lagartijas, iguanas y cuanto bicho viviente había por los alrededores. Emma llevó sus propios gemelos y una lupa tan potente que, según ella, se podía ver una hormiga del tamaño de una rana.

También llevó un par de gorras porque «todo detective que se precie debe usar una». ¡Y menos mal, porque el sol quemaba!

Verdaderamente, Emma no solo era la mejor amiga de su madre, sino el hada madrina de toda la familia y, sobre todo, de Horacio.